



Diario de Avisos	Tirada: 19.713	Sección: -	
	Difusión: 16.546 (O.J.D)	Espacio (Cm_2): 439	
Canarias General	Audiencia: 57.911	Ocupación (%): 45%	
Diaria	11/07/2010	Valor (€): 932,89	
		Valor Pág. (€): 2.052,00	
		Página: 17	Imagen: No

"Somos gente muy consciente de nosotros mismos, y de nuestros propios clichés. Como ese de que somos cínicos, capaces de hacer un chiste en medio de la desolación de un terremoto o que en la mayor de las desgracias lo único que nos interesa es conseguir una buena historia. Pero no creo que seamos esencialmente malas personas o estemos deshumanizados. Creo que en el gremio hay seres humanos muy decentes y otros que no lo son tanto" (Tom Rachman, escritor, autor de 'Los imperfeccionistas').

Tengo, querido Juan, que atender a las recomendaciones literarias de mi Redacción. De modo que, como si se tratara de una tarea veraniega más (gozosa en este caso, o al menos así lo espero), espero agarrar pronto un ejemplar de *Los imperfeccionistas*, esa novela con la firma del ex periodista Tom Rachman, dicen que exitosa por lúcida y divertida, dedicada a los sinsabores de un diario europeo escrito en inglés que se parece demasiado al *International Herald Tribune*. Me dejo llevar en este caso por el buen olfato literario de Marta Plasencia y Saray Encinosa, dos redactoras de esta casa que me tienen al día sobre las novedades editoriales. Ellas y el gran José Luis Conde, finísimo cronista literario por cierto. A cambio les sugiero la lectura de *Entonces llegamos al final*, de Joshua Ferris, que también tengo entre pecho y espalda. Relatos contruados por voces jóvenes, que revelan la ironía, la frivolidad, la amargura y sobre todo el aturdimiento propios de una época que simplemente no logramos entender, o quizá es que no nos atrevemos a ello. Con el decorado general de un periódico, en el caso de Rachman; el de una agencia de publicidad, según Ferris. Escenarios en todo caso para una crisis en la que no vemos la salida, y para la que buscamos remedios pro-

CARTAS DEL DIRECTOR

Juan Manuel Bethencourt



Vuvuzelas periodísticas

pios de la santería. Entre ellos la política, al parecer la nueva magia negra; entre ellos el fútbol, la magia blanca del momento o, como gusta decir sin empacho a los comentaristas televisivos, la religión del siglo XXI.

Escribo en sábado, querido amigo, y salgo a la Redacción para darme de bruces con dos instantáneas desconcertantes. Agradezco a Adolfo Fernández, nuestro eficiente responsable técnico, por su capacidad para servirme indirectamente como inspiración. Ahora nuestro periódico exhibe orgulloso dos novísimas pantallas de televisión desde las cuales podremos seguir con deleite u horror, pero desde luego con comodidad, todos los acontecimientos exhibidos por la pequeña pantalla. A ello voy. En Cuatro, la noticia es Pedro Rodríguez, el delantero de Abades, pero no por recordar su partidazo del pasado miércoles ante Alemania, sino porque se atreve con el horrrisono sonido de una vuvuzela. En el canal 24 Horas de TVE, la exclusiva corresponde a otros gritos, estos relacionados con tu valiente carta del pasado domingo, o sea, con la manifestación convocada por las fuerzas políticas dde Cataluña en torno a la sentencia sobre el Estatuto de Autonomía. Y me pregunto, puedes creer que no bromeo, sobre cuál de las dos estampas merece mi atención. Algo se

está haciendo rematadamente mal en este país cuando el deporte, como se puede leer generosamente en columnas y comentarios durante las últimas semanas, es presentado como una especie de movimiento redentor nacional. Sigo considerándome periodista deportivo y asisto atónito a su doble proceso de solemnización y trivialización: ¿dónde queda su esencia, su condición de juego agradable de ver? Imagino la melancolía que invadirá a los grandes del oficio, muchos de ellos amigos tuyos -pienso en Santiago Seguro, por ejemplo, por ser el periodista que mejor escribe sobre Deportes (y sobre otras tantas cosas) de la última generación- al contemplar, por un lado, que el fútbol aparece como último elemento de cohesión nacional, como una especie de dique contra los separatismos impostados que se manifiestan en Barcelona contra toda noción del sentido común, contra todo respeto a las reglas del juego democrático; y que por otro, hastiados ya por las imágenes y los testimonios de los protagonistas, el largo trasiego del Mundial acaba por conceder máximo rango -me refiero cronológicamente hablando- a la ubicación sobre el terreno de juego de la joven periodista Sara Carbonero, a las promesas de destape de la generosa paraguaya de nombre Larissa y, en última instancia, a las dotes quinielísticas de un pulpo con pasaporte alemán que nos da por campeones del mundo, secundado por sucedáneos de toda especie (animal). Hasta me siento tentado por relacionar ambos asuntos y delegar en Paul un último dictamen sobre el Estatuto de Autonomía de Cataluña, o mejor aún sobre la evolución de la deuda pública española, pues me fio mucho más del cefalópodo que de esas agencias de rating que comercian con la nota que otorgan a los países, sin posibilidad de

enmienda, de contraste, sin opción para colocar los hechos por delante de la extraña alquimia posmoderna que nos invade.

Y entiendo que por ahí van las inquietudes del joven novelista, de este Rachman que nos ilustra sobre el cinismo que invade a los tiempos, donde la solemnidad de la tragedia se ve acompañada por la frivolidad extrema elevada a la condición de noticia. No te cuento nada nuevo, querido Juan; el día que a España le estalló la tormenta financiera con todas sus consecuencias -reducción de salarios, congelación de pensiones y toda la pesca-, la noticia más vista en los diarios digitales de referencia en España era el (bastante recatado) beso lésbico de Miley Cyrus, una joven bien avisada sobre la necesidad de provocar para existir en el mundo del espectáculo, incluso tras haber sido toda una princesa Disney. Porque el manierismo ha llegado para quedarse, por una pura cuestión de mercado, o sea, de presencia en el ruido mediático, más elocuente y turbador que el de las dichosas vuvuzelas. Me encanta esta selección que hoy espero ver convertida en campeona del mundo, pero no es ni mucho menos inmune a los excesos de la superficialidad comercial. Me despido con un ejemplo: el último artefacto publicitario de Nike, dedicado en este caso a los chicos de Del Bosque, proclama una iconografía desafiante y unos mensajes que, tonto como soy, me inquietan: "Los controlaremos todo, seremos letales, los países nos temerán, dominaremos siempre...". Oiga usted, que esto es fútbol. Dejemos los coqueteos fascistas en el diván del creativo. Un abrazo y cuidádate.

* El próximo domingo, 18 de julio, carta de respuesta de Juan Cruz Ruiz para Juan Manuel Bethencourt